



Círculo Rojo  
EDITORIAL

# LA LLAVE DE LOS MUNDOS

Mara Moles

---

Primera edición: septiembre 2021

Depósito legal: AL 2559-2021

ISBN: 978-84-1111-478-3

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Mara Moles

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

---

---

*A Pili: «Avant».*

---

---

---

---

## JOHN MCCARTHY

Mientras las brumas desaparecían de la ciudad y se introducían en el apartamento, el asesino fue diluyéndose en el medio hasta desaparecer minutos antes de oír el chillido agudo y ensordecedor de la asistenta que descubrió el cadáver. En un momento, el apartamento fue copado por las fuerzas del orden en un ir y venir de personal de criminalística. John McCarthy, capitán de la policía de San Francisco, permanecía quieto escudriñando la estancia como si no terminara de creer que un asesinato tan cruento dejara una escena tan aséptica. Ceñudo, recorría la habitación intentando descubrir aquel detalle que le convencería de que estaba ante un asesinato corriente.

El cuerpo yacía sobre una alfombra que tapizaba el salón y que cambiaría su condición pasando a ser una frágil esponja roja. Su cicatrizado cadáver hablaba de viejas contiendas, mientras la espalda a la altura del hombro izquierdo presagiaba todo un mundo de interrogantes, un oscuro desarrollo de los acontecimientos de la mano de un símbolo de trazo corriente, pero antiguo. En la pared, dominando el escenario, se elevaba una cruz de líneas rectas, dimensionada; un aro interior suje-

---

taba ambas perpendiculares uniéndose en un aspa armoniosa que le confería consistencia. La obra de trazo rápido y certero recordaba las pintadas callejeras de esos artistas anónimos que desean dejar su impronta en el museo MoMA de la vida.

No, McCarthy no pensaba en arte callejero en esos momentos, sino en el marrón que se le venía encima. Olía a clásico, como esos casos complicados que quedaron sepultados en los subterráneos de la comisaría y que servían en los cursos de formación como ejemplo de lo que no debería ser un expediente. Folios que perdieron el blanco para adquirir ese tono amarillento propio de lo que está muy palpado y que por antiguo olía a mohoso. De vez en cuando, se daban casos peculiares que compartían elementos comunes con lo improbable. Casos sin patrón, con elementos que los hacían únicos e inconfundibles, características que le obligarían a archivarlo en una enigmática carpeta. Una carpeta con una cruz en la carátula y un cero en observaciones.

Hablaba en voz medio alta siguiendo el hilo de su pensamiento:

—Existen delincuentes que tienen como diversión ponernos a prueba, nos retan día tras día durante años. A la mayoría los atrapamos, pero cada generación nos descubre un psicópata especialmente cruel. Un desperdicio de inteligencia.

Con su mirada gris, preocupada, repasaba minuciosamente el habitáculo, tan mudo como su último inquilino cuyo cadáver se percibía como un elemento más de aquel macabro escenario. Un *déjà vu* que lo transportó a sus primeros días de estreno policial, «solo faltaba que los asesinos estuvieran celebrando el veinte aniversario...», pensó entre irónico y confundido.

Recordó aquellos años cuando llegó a la comisaría como flamante jefe júnior, preparado para cocinar el mundo y comérselo de un atracón. Comenzó su carrera como un ser presuntuoso,

---

pero afortunadamente se dio cuenta de lo que verdaderamente fue, «un ser privilegiado». Su vida policial pasó ante él como la de un condenado subrayando los momentos que guardaban similitud con su existencia actual en un intento de crear paralelismos, pero el escenario financiero era el único dato externo común entre ambos momentos históricos.

En los primeros años del nuevo milenio fue emitida desde Norteamérica una nueva franquicia económica, una crisis que llevaría a una recesión sin punto final en países huérfanos de buenos tutores. La crisis económica dejó su secuela en las biografías de los ciudadanos y modificó el perfil de las familias.

El paralelismo surgido entre ambos tiempos estaba marcado por «La Bestia», cada vez más ávida y hambrienta de dividendos con cada ciclo económico. Esas crisis económicas representaron un lastre para la sociedad, ya que iba seguida de intentos fallidos y lastimosos por salir adelante. Tiempos revueltos enormemente fructíferos para ella, para La Bestia insaciable y su corte de honor.

Tras un lapsus caótico de datos, fechas y conceptos, John comprendió que su existencia poco tenía que ver con la del resto de compatriotas, porque nunca tuvo una necesidad insatisfecha. Ese *flashback* era consecuencia de la puesta en marcha de su prodigioso olfato: «era ese olor ..., ese exquisito y particular olor» el que hacía aflorar a su mente acontecimientos pasados.

El capitán notó el acelerón del pulso, la carga de adrenalina que alimentaba sus aptitudes y que tan brillantes resultados le proporcionaba. El caso tenía todos los números para convertirse en un saco de interrogantes, y ese saco podía recaer en su persona.

El hombre murió en un apartamento en el que no dejó huellas de su uso. No compartió sus horas de sueño o de in-

---

somnio, ni libros emborronados ni toallas mojadas ni camisas sudorosas, nada de nada... porque, o rozaba la divinidad, o ese hombre nunca vivió allí. La alfombra sobre la que reposaba seguía manteniendo su aspecto de alfombra. Las pruebas indicaban que el asesinato se produjo en la escena del crimen que estaban analizando, el cuerpo no fue trasladado, la cadena de custodia se había respetado escrupulosamente y el trabajo de la policía científica fue tan pulcro y profesional como siempre.

—Lo más triste, James, es que si no tenemos pruebas tampoco tenemos culpable. Significa que somos una especie de cómplices cuya inactividad alimenta una mente extraordinariamente desorganizada.

—Te invito a un café —contestó Cameron, ya en marcha hacia el bar. Preguntar y esperar la respuesta era una pérdida de tiempo. Ellos, aunque amigos y heterosexuales, conformaban un perfecto matrimonio laboral, toda una vida juntos. Se preguntaba sobre el porqué de tanta austeridad en un mundo de comportamientos pueriles, de mentes poco prácticas que necesitaban el consumo para alimentar un ego falto de autoestima. Mientras abandonaban la escena del crimen, escucharon a una joven describiendo el físico del asesinado.

La vecina de la víctima lo identificaba —visiblemente nerviosa— como un hombre muy atractivo, alto, de unos treinta años, pelo oscuro, lacio y largo, barbilampiño, de frente despejada, propietario de unos oscuros ojos de mirada penetrante, nariz recta y boca carnosa. Descripción que causó perplejidad entre la policía científica, ya que las descripciones solían ser de mala calidad, siendo habitual no saber por dónde empezar, o recordar pequeños detalles como cicatrices, tal vez algún tatuaje... de forma que el fisonomista dibujaba varias bocas, narices y ojos preguntando repetidamente si les era familiar ese cabello corto o largo o la arruga alrededor de los ojos. Los especialistas ayuda-

---

ban a los testigos en la labor de describir una cara, porque pocas personas tienen el don de la observación, y el tiempo suficiente para investigar su entorno y recordarlo después.

McCarthy y Cameron se miraron enarcando las cejas mientras retrocedían para iniciar un interrogatorio.

—Creí escuchar que lo vio en una ocasión.

—Sí, ayer —respondió la joven.

—La mayoría de las personas no detallarían una cara como usted lo ha hecho ni viéndola media docena de veces.

—Estudio arte, y el muerto era muy atractivo, una combinación que nunca falla; además, me quedo con las caras con gran facilidad, son mi especialidad.

—¿Desde cuándo vive aquí?

—Desde que comencé mis estudios, unos dos meses.

—¿Cómo sabe que el muerto es el que vio?

—Por los pantalones de piel usados —que le venían como un guante—, los zapatos, la complexión corporal... todo ello en armonía con el rostro.

—¿Había más personas viviendo aquí?

—He visto diferentes personas entrando y saliendo; silenciosos, educados, bien constituidos, un poco raros... europeos, diría yo.

—¿Europeos?

—Sí, fisonomía caucásica, tipo noruegos, anglos... No sé, quizá porque son diferentes a la gente que conozco, su forma de vestir entre desenfadada y descuidada...

—¿Descuido controlado o mal vestido? —La chica hizo un gesto de perplejidad— ¿A la moda o indigente? —Volvió John a la carga.

—Ni lo uno ni lo otro —respondió.

—Vamos mal.

—Vestía de oscuro. La chaqueta de piel me llamó la atención, era piel verdadera, no he visto nada semejante tan cerca,

---

olía a piel y debía ser muy cara. No era ningún indigente. Siempre pensé que este apartamento era un picadero gay. Ya saben, guapos, ricos y con buen gusto.

—Si no iban con el dedo meñique levantado no eran gays —respondió el fisonomista que había cogido carrerilla con el lápiz. Tomaba nota entusiasmado viendo cómo en poco tiempo aparecía ante sí el rostro propietario del cuerpo que quedó tendido en el helado suelo de un olvidado apartamento de las afueras de San Francisco.

—Bien, señorita, no puede hablar con nadie de lo que ha visto. ¿Lo ha entendido? Si llega a saberse, retrasaría la investigación e incluso usted podría estar en peligro —le aconsejó el capitán

—Seré una tumba.

—Ni lo mente, con que esté calladita nos damos por satisfechos —contestó John.

Ya en comisaría, le ordenaron oficialmente guardar silencio sobre los detalles de la escena del crimen. Una decapitación siempre es un bocado exquisito para la prensa y un tsunami de preocupación para los ciudadanos. Mientras retrasaran el conocimiento de los detalles, la policía trabajaría sin presiones.

Las incógnitas solían ser las mismas, los motivos y circunstancias para asesinar, también. Había perfiles para todo, de asesinos y asesinados, pero —en estos casos— se resistían a surgir, a dejarse ver y estudiar, aunque también se podría concluir que los perfiles cambiaban con el tiempo, había modas como en todas las profesiones. «Demasiadas preguntas», pensó sacudiendo su rizada cabeza. más pronto que tarde el escabroso asesinato ocuparía las portadas de los principales periódicos del país.

Ya en el exterior, respiraron primero rápido, eliminando ese olor a muerte que impregna las fosas nasales, más tarde aspiraron hondo para acaparar el aroma de la vida. Un perfume que era necesario retener en su mente, porque la vida en todo su

---

esplendor primaveral continuaba, pintaba una bonita mañana en las amplias calles del centro financiero de San Francisco. Una mañana que lucía sin brumas, con una claridad que no hacía presagiar el inicio de un caso que se convertiría en el más polémico jamás vivido en las entrañas de la policía.

John McCarthy era un jefe de policía metódico pero rudo. Su genio exultante y agresivo le convertían en temido a la vez que estimado, por la seguridad que transmitía entre los suyos. Según indicaban las estadísticas mensuales, sus hombres tenían más riesgo de morir de un infarto que de un dispositivo dirigido por él. La fama de profesional inteligente y sagaz —ganada a pulso— concedía a sus hombres un plus de confianza que su capitán sabía entender y explotar aumentando el rendimiento analítico y la capacidad de investigación.

Cameron dejó de preguntarse con los años qué le pasaba a su amigo cuando se encerraba en su despacho mirando a la lejanía sin realmente ver, repasando cada instantánea de esos cuerpos que hablaban, que delataban al violador de su intimidad y de su vida. Porque los vivos son diferentes en todos los aspectos, sus perfiles les hacen distintos en vida, cuando son cadáveres desaparece ese hálito; esos perfiles psicológicos dan paso a seres inertes privados a la fuerza del derecho a ser únicos para convertirse en objeto de discernimiento forense. Cuerpos maltratados, fotografiados en la escena del crimen, exhibiendo contra su voluntad sus últimas expresiones de dolor para unos, o sus rígidas muecas para otros.

A la mente de McCarthy volvió aquella imagen clavada en el recuerdo: su llegada a la comisaría. Hacía ya unos veinte años cuando a través de un fino cristal vio el semblante marmóreo y crispado del entonces comisario de policía, mirando su pizarra repleta de extraños garabatos que no conformaban palabra alguna, pero que dejaban entrever su impotencia ante

---

esos acontecimientos. Ahora él estaba en su piel, igual de desbordado que un día lo estuvo su jefe.

Ya entrada la tarde se confirmó su peor pesadilla: se le asignó el caso de forma preferente desde Washington D. C. «El cuerpo recientemente aparecido del que nos han demandado información centralizada no tiene ficha policial, no se han definido huellas dactilares. Este caso será asignado al capitán John McCarthy. Esperamos la pronta resolución del mismo. Buena suerte, John».

—Buena suerte... —repitió John— ¿Será cabrón? Ya en la academia lo pillé durmiendo en una vigilancia.

—Lo conozco, tiene puestos sus objetivos en otra parte, fuera del ámbito policial y cerca del político.

—Arma blanca —silabeaba John con voz ronca entre irónico y confundido—. San Francisco, Estados Unidos... todo el mundo sabe que lo nuestro son las armas de fuego.

—Ahí es nada. Siempre hay alguien dispuesto a dar por saco a nuestro sentido común, amigo.

---

## ANNA

Mientras tanto, la vida en otros escenarios, en otros países, se sucedía de otra forma. La sociedad norteamericana seguía sin percatarse de que la mitad y un cuarto del resto del mundo sufría el temblor provocado por su economía y sus decisiones políticas. Norteamérica seguía siendo la batuta universal del comportamiento social y económico de los pueblos.

Todo transcurría con normalidad en la Facultad de Psicología de Valencia, España, ubicada en el Levante español. Región que hubiera sido la propietaria de la costa más cálida, bonita y paradisíaca del mundo de no ser engullida por la avaricia de políticos y empresarios con pocas luces para trabajar por su tierra, pero listos para trabajar por sus bolsillos.

—Hemos recibido un fax peculiar, viene en inglés —dijo la administrativa del decanato—. Lo llevo al jefe volando, parece importante.

—Solo el latín está tocado por la mano de Zeus —recitó Clara con ojos brillantes y cara de circunstancias mientras miraba más allá del horizonte, allá por donde terminaba la antena del edificio de enfrente—. ¿Has dicho inglés?

---

—Viene de Norteamérica, cotilla. Estos están tocados por otro dedo.

—¿Por el de Poseidón?

—¡Qué mujer más insufrible! Sí... está en inglés y, que yo sepa, tú no lo dominas —Volvió al ataque—. ¿Insinúas algo, Clarita?

—Sí, que lo último que espero es a un americano enviando un fax en latín y a ti perdiendo el culo para que te lo traduzca. ¡Inculca!

—¡Ah! Pero yo aprobé las oposiciones, ¡ja, ja, ja! —Rió con cara de triunfo—. Ahí te han dado, rata de biblioteca. Te diré más, el latín es una lengua muerta y huele como tú —Mariló hacía lo imposible porque la última siempre fuera la suya.

—Si preguntaran lo que es importante... otro gallo cantaría. Además, a ti te metió la trifásica de ese medio novio que tenías tan bien relacionado.

—A mí no me metió nada —dijo con una nariz respingona añadida a su tamaño desproporcionado.

—Pues a lo mejor será por eso —Dando fin así a la lista de improperios que se dedicaban todos los días por costumbre y sistema—. Marilín, tocan las cinco, la hora de tu carajillo.

—Básica, eres muy básica. ¡Oh! Casi consigues que no llegue a tiempo.

Mariló presumía de ser una jefa resolutiva, cualidad que la convertía en una profesional única e imprescindible. Al menos ella estaba convencida de ello, y Clara pensó en voz alta mientras la veía marchar.

—Tiene interés, pero le falta perspectiva —sermoneó en voz alta con cara despectiva y ojos achinados mientras emitía una sonora carcajada.

Clara se licenció en lenguas clásicas, pero no ejerció la profesión porque aprobó el examen para la bolsa de administrativos de la universidad y decidió ir a lo seguro, decisión que la

---

perseguía una hora cada día de todos los días de su vida. Fiel a sus años de estudio, declinaba en latín siempre que podía de puro aburrimiento.

—¿Te pasa algo, Clara? —preguntó Teresa, compañera de trabajo y gran conformista.

—Sí me pasa, sí, creo que voy a sufrir un ataque nervioso transitorio, ya sabes, de esos que eximen de responsabilidad penal.

—Qué cosas más raras te pasan, Clara. Ven conmigo a hacer deporte.

—Deporte al campo de golf... golfista yo... —respondió Clara con los ojos encalados y dándose golpes de pecho.

—Anímate, Clarita —respondió Teresa mientras se miraba en un espejo que estratégicamente le puso enfrente el cristaleiro, antiguo novio y en la actualidad amigo de la familia.

—Me rindo, no puedo educarte —Terminó con su cabeza dentro de la papelera, pataleando y perdiendo la compostura como era habitual en ella todas las mañanas de todos los días hábiles en la facultad.

El fax llegó a su destino despertando la sorpresa entre los responsables de los departamentos implicados, generando reacciones varias junto a una ebullición de tal calibre que aumentó el nivel de ansiedad colectivo. El doctor Flórez, doctor en Neuropsicopatología, en reunión informativa les explicaba a sus compañeros titulares y adjuntos de las especialidades implicadas, las condiciones del intercambio.

—Deberá ser doctor o doctora en Psicología con especialidad en Análisis de la Conducta, Comportamiento social y Control de masas, perfiles psicológicos latinos, más los requisitos. El primero es el inglés, hay tres meses para perfeccionar el idioma; segundo, que pueda estar un año fuera del país y, por lo tanto, deje su trabajo actual; tercero, que gane más dinero que aquí, pero menos que cualquier americano en el mismo

---

puesto; cuarto, piden cuatro años de experiencia y toda la retahíla de especialidades. Por pedir que no quede.

Les miró intensamente con cara de preocupación

—Esto no es un chollo, esperan que quede desierto. Es un perfil multifuncional y es posible que en Estados Unidos sea normal, pero en nuestro país los planes de estudio son muy rígidos. Esto es un desatino elucubrado por una mente compleja.

—Estar becados es la mayor oportunidad que hemos tenido y no puede quedar en saco roto. Recapitulemos: perfiles psicológicos, carácter latino, experiencia... Con mucha experiencia, y que además quieran dejar su medio de vida solo por un año, es complicado —comentó el doctor Flórez y tras una pausa reflexiva—, a no ser que no tenga hijos, no tenga pareja, por lo menos estable...

—¿En quién estás pensando?

—En Anna Ferrer. Es perfecta, cumple hasta el mínimo detalle del currículum. Les enviaremos a la perfecta latina y a su acompañante, «El Carácter».

Las carcajadas fueron unánimes cuando recordaron la frase y la palidez de su compañera, porque toda la Facultad conocía la fisonomía de la candidata.

Anna llegó a la ciudad condado de San Francisco —estado de California— desde España con una misión que la sujetaba a un mundo, pero con un afán de conocimiento que la orientaba hacia otro. El árbol de decisiones que había programado en su ordenador y que representaba su futuro estaba plagado de incógnitas lineales y nodos de decisiones condicionadas a soluciones alternativas. Seguir un camino y renunciar a otro eran opciones que aún no tenía definidas, pero como buena pensadora que iba sobrada de tiempo y de imaginación comenzó a visualizar varias situaciones comprometidas que necesitarían una respuesta rápida. Llegaba el final del viaje y comenzaba un

---

camino donde primaba la valentía sobre el sentido común. Era una extranjera más en un continente de okupas.

Mientras pensaba, seguía caminando como todos los autómatas programables que tenía delante conformando una interminable fila de personas que sufrían un tsunami personal: nerviosas e intranquilas esperando pasar los controles aeroportuarios; ilusionados y abiertos a una forma de vida, porque todo un mundo se abría para cada uno de ellos al otro lado.

Pronto vería su maleta surgir de la banda giratoria, momento temido por la incertidumbre que representaba saber si verdaderamente estaba donde debía, cerca del propietario o, por el contrario, seguía el viaje solita. Tal pensamiento provocó un latigazo eléctrico que recorrió su espina dorsal, porque en esa maleta viajaban todas sus propiedades en el «nuevo mundo». Cerró los ojos y por un momento recordó los consejos de la gente que la estimaba animándola en su nueva etapa: «Te envidiamos Anna» —Y la aplaudían. «Sí, sí, me envidian, pero nadie ha querido mover el culo de su asiento» —pensó críticamente, pero ¿para qué disimular? Su fortaleza se estaba desmoronando y para esos casos siempre le quedaba el recuerdo de la famosa frase sobre la legión española que recitaba Guillem: «La Legión nunca retrocede», con voz fuerte y potente, para luego seguir con voz atildada «simplemente da media vuelta y sigue avanzando».

Las palabras de Guillem, su amigo y compañero de estudios, resonaban en sus oídos insistentemente, «cuando llegues al aeropuerto no salgas antes de tomar conciencia de tu ubicación, eres de pueblo, Anna, y aquello es bestial. Antes de enfrentarte a la gran urbe debes sentarte un rato en el *hall* del aeropuerto» —recordó mientras buscaba un asiento donde permanecer unos minutos meditando su nueva situación, no debía precipitarse.

—¡Guillem! —dijo entre dientes—. ¡He llegado!

---

Pero en España, Guillem y muchos otros ciudadanos comprometidos con las personas estaban enfrascados en una contienda que se manifestó ese día en el que Anna marchó, el 15 de mayo de 2011, el día del «¡Basta ya!», ese día en el que los jóvenes dejaron de hacer botellón, los adultos maduros se preocuparon por el resto de sus congéneres y los «yayoflautas» se dieron cuenta del peso que tenían como moneda de cambio político. Salieron a la calle para defender los derechos consolidados desde el nacimiento de la Democracia, haciendo patente la debilidad de una transición que había dejado muchos flecos sueltos.

Los ciudadanos españoles y, concretamente, los valencianos atravesaban momentos difíciles, tenían que pagar los impuestos del hambre a modo de captación de grano realizado en el Medievo para mantener a un señor feudal, que siempre que podía les daba por culo a los ciudadanos y ponía mirando a Cuenca a las ciudadanas.

En ese momento se echaba de menos un Robin de los Bosques que ayudara en vez de dar por saco cada dos o tres años con un estreno hollywoodiense.

---

## LA AVENTURA FRANCISCANA

Era un día gris y nublado, pero eso ya lo esperaba, era San Francisco, quizá Londres era a Inglaterra lo que San Francisco a los Estados Unidos de Norteamérica.

Hacia años que se especializó en neuropsicología tras aprobar las duras pruebas de acceso a la especialidad como residente en el Hospital Clínico, después de un bagaje de otros tantos en Psicología Forense. Siempre le gustaron los perfiles psicológicos y el estudio del comportamiento humano referido al peritaje forense pero su *hobby* era el estudio de las civilizaciones hasta el punto que condicionó su doctorado. A esta vocación le debía su estancia en San Francisco.

Cuando desde el departamento de Psicología le propusieron el intercambio con Estados Unidos, Anna se atragantó con una risa nerviosa de puro histerismo. Luego lo sopesó, podría ser un año sabático, otra ocupación, otro idioma y otra vida, todo en el mismo *pack*. Soñó con conocer San Francisco y en ello estaba... porque, lo querido y no vivido, envejece, aflige la mente y pesa en el alma. Vivía la aventura de los opuestos: un sueño y una realidad.

---

Cuando se dirigía a sus alumnos todo era más tangible: «Seamos prácticos y pensemos qué otras formas de vida existen, abramos nuestra mente hacia lo inverosímil y preguntemos a nuestro espejo particular, ‘¿de qué sirve la ciencia si no nos hace más felices? ¿Para qué sirven los sueños si no se cumplen? ¿De qué sirve la realidad si no se concreta en la Magia? y, ¿por qué la Magia no puede regresar a nuestras vidas?». Fue un fragmento de su última clase.

Ya en el exterior paró un taxi en la céntrica y amplia calle a la que salió cargada con una maleta de ruedas de tamaño mediano, porque llevaba y tenía, afortunadamente, lo imprescindible.

Anna volvió a la nota que le apuntó Guillem, debía contactar con una amiga de su amigo que estaba establecida en la ciudad, pero la húmeda y fría noche empezaba a envolverla produciendo un escalofrío surgido de sus mismas entrañas, y se sorprendió a sí misma al preguntar al taxista en un inglés académico si hablaba castellano, el taxista le devolvió una sonrisa mientras le contestaba

—Bueno, señorita, pues sí, aunque soy americano hablo español

—¿Conoce un hotel que no sea muy caro, u hostel, quizá motel, ya sabe... asequible, lo más cerca posible de la zona centro de San Francisco?

El taxista amablemente la llevó al motel más económico que conocía de los que podían estar cerca de la zona de Mission. Era demasiado tarde para presentarse a una desconocida a horas tan intempestivas en Eureka Valley, también llamado Castro. Se animó recomendándose un buen descanso ya que dentro de pocas horas debería presentarse en el trabajo con los reflejos en buen estado.

El primer día de trabajo de todos los currantes suele ser un día tan especial que los detalles se pierden, lo que se cree importante no lo es tanto y lo más absurdo nos queda